



**CARLOS
ELIZONDO MAYER-SERRA**
 @carloselizondom

Pensar que importa sólo lo que el líder desea ha llevado a resolver disyuntivas claves sin diagnósticos ni estrategias claras.

Disyuntivas

Incluso pequeñas decisiones pueden tener impactos muy importantes, como todos lo sabemos por nuestra experiencia personal. Por eso hacemos propósitos de Año Nuevo, porque sabemos que hay acciones que pueden cambiar nuestra vida.

Cuando las acciones las toma un gobernante, el asunto se torna más serio. Especialmente cuando se trata de modificar la Constitución, el pacto social que nos permite una convivencia más o menos armónica. Por eso en las Cámaras se requiere voto calificado para reformarla, esperando que cambios de esa naturaleza —que tendrán enormes consecuencias individuales y colectivas— se hagan a partir de análisis cuidadosos y debates profundos.

El sello de los gobiernos de Morena es que importa sólo lo que el líder desea. Esto ha llevado a que una serie de disyuntivas importantísimas para el país se hayan resuelto sin diagnósticos ni estrategias claras, sin sopesar las consecuencias, con base principalmente en prejuicios. El sexenio de AMLO empezó con un capricho, la cancelación del aeropuerto de Texcoco, que no sólo dejó al país sin la conectividad requerida: lo privó de la riqueza que hubiera atraído ser un *hub* internacional. Pero terminó mucho peor, con sus reformas constitucionales, casi todas aprobadas, ya él fuera del gobierno, en el periodo legislativo que recién termina.

¿Tenía la presidenta Sheinbaum la posibilidad de frenarlas? ¿Tenía el deseo de hacerlo? No lo sé, pero la herencia de AMLO va a marcar por décadas la capacidad del país para poder concentrar la atención en los problemas que importan, aquellos que atañen a la viabilidad del proyecto nacional: la violencia, la pobreza, la desigualdad, la falta de desarrollo.

Ejemplo extremo de este absurdo es por supuesto la reforma del Poder Judicial. Todos los especialistas han explicado una y otra vez por qué está mal y cuáles son sus riesgos. No les importó a los legisladores. Esto cuando los expertos no se

equivocaron en las predicciones que hicieron durante el sexenio pasado. Todos los conocedores en el ramo de salud sabían que la destrucción del Seguro Popular deterioraría el acceso a los servicios públicos de salud; los expertos en seguridad predijeron que “los abrazos y no balazos” iban a propiciar la expansión del crimen organizado; todos los expertos en energía y comunicaciones sabían que las obras del Presidente: la refinera Dos Bocas, el Tren Maya y el AIFA iban a costar mucho más dinero y recursos de lo programado, y no servirían prácticamente para nada. Lo que nadie o muy pocos pudieron vaticinar es que eso no tendría un costo político para Morena. Y ese es un fenómeno que es necesario explicar.

Pero que estas decisiones no hayan tenido un costo político no significa que no hayan generado un impacto para el país. La economía ha crecido mucho menos de lo que hubiera podido crecer; las finanzas públicas son más frágiles; la capacidad del Estado mexicano para proveer bienes y servicios públicos es menor que antes. Y no es que AMLO tuviera que tomar esas decisiones para aumentar el salario mínimo. No había una disyuntiva entre aquellos fracasos y lo que sí se hizo bien. Simplemente no hubo debate sobre nada. Decidió AMLO.

Muchos pensaron que el nuevo sexenio ofrecía una gran oportunidad para tomar decisiones basadas en diagnósticos y estrategias fundamentadas en el conocimiento. Pero las reformas con las que inició el sexenio parecen augurar una continuidad peligrosa.

Los trazos del arranque del sexenio complican mucho el espacio de maniobra del actual gobierno, sobre todo frente a la incertidumbre que significará el gobierno de Trump, un gobierno que también estará encabezado por alguien enamorado de sus intuiciones. Muy pronto veremos qué tan capaz es de llevarlas a cabo, pero México estaría mejor preparado para enfrentar lo que vendrá si el nuevo gobierno no hubiera aceptado, sin más, la herencia recibida.